

Comunidad(es) de cuidado como resistencia a la violencia genocida en Argentina Community(ies) of care as resistance to genocidal violence in Argentina

Erica Flavia-Gasetúa

Historiadora. Becaria doctoral CONICET-IRES-Universidad Nacional de Catamarca. Centro de Estudios e Investigaciones en Antropología y Arqueología. Asamblea Riojana Capital. ORCID-ID: <https://orcid.org/0000-0003-2453-4093> Correo electrónico: flaviagasetua2@gmail.com

Silvia Carina Valiente-Bertello

Instituto Regional de Estudios Socio-Culturales- IRES; CONICET-UNCA. Profesora adjunta regular de Antropología General - Escuela De Arqueología - Universidad Nacional de Catamarca. ORCID-ID: <https://orcid.org/0000-0003-1788-6330> Correo electrónico: scvaliente@gmail.com

Fecha de recepción: 3 de abril de 2022 **Fecha de aceptación:** 27 de abril de 2022

Los mejores años que tuve fueron en la cárcel. Vos me vas a decir: estás loco! Es que ahí adentro salía la verdadera materia humana. Cuando salí afuera, hacía un paso y caía al vacío, hacía otro paso y caía al vacío. No encontraba el mismo compañerismo que adentro. ¿A dónde está te preguntas?

(Julio Bentos¹ en el Cuadernito Azul, p. 21, 2017)

Resumen

Los relatos de las memorias vividas durante el genocidio militar en Argentina entre 1976 y 1983, y sus años preparatorios entre 1973 y 1976, nos muestran las profundas huellas que la violencia estatal dejó impresa en los cuerpos y territorios a lo largo y ancho de nuestro país, en el marco de un plan genocida continental. En este sentido, la provincia de La Rioja no estuvo exenta de esta violencia. Planteamos aquí que las violencias desplegadas durante el último régimen dictatorial pueden rastrearse hoy como una continuidad en los territorios en conflicto con gobiernos y empresas extractivistas, como en el caso de La Rioja. Los objetivos de este texto son poner en relevancia las memorias-testimonios de quienes vivenciaron en sus propias carnes y lugares de vida la violencia genocida y cómo pudieron construir y seguir sosteniendo comunidad(es) de cuidado. El abordaje propuesto es desde una etnografía feminista antiextractivista que pone en

¹ Ex preso político de La Rioja.

juego mi doble adscripción, como asamblearia e investigadora generando un diálogo intergeneracional en el marco de la Historia Reciente Argentina.

Palabras clave: Comunidad(es) de cuidado; Memorias; Genocidio; Extractivismo; Historia Reciente Argentina.

Abstract

The stories of the memories lived during the military genocide in Argentina between 1976 and 1983, and its preparatory years between 1973 and 1976 show us the deep traces that state violence left imprinted on bodies and territories throughout the length and breadth of our country, as part of a continental genocidal plan. In this sense, the province of La Rioja was not exempt from this violence. We propose here that the violence deployed during the last dictatorial regime can be traced today as a continuity in the territories in conflict with governments and extractive companies, as in the case of La Rioja. The objectives of this text are to highlight the memories-testimonies of those who experienced genocidal violence in their own flesh and places of life and how they were able to build and continue sustaining community(ies) of care. The proposed approach is from an anti-extractivist feminist ethnography that puts into play my double ascription, as an assembly member and researcher, generating an intergenerational dialogue within the framework of Recent Argentine History.

Keywords: Community(ies); Memories; Genocide; Extractivism; Recent Argentine History.

Introducción

Me crie en un barrio de la ciudad de La Rioja, en Argentina, donde el lugar de más concurrencia de niñxs y adolescentes era la capilla². En ese lugar fui conociendo a un señor, al que le decían padrecito de los pobres. Se llamaba Enrique Angelelli y era el obispo de la Rioja, pero lo habían asesinado los militares. Eran los primeros años de los 90' y mis catequistas nos hablaban de Angelelli y de su pastoral, y también nos mostraban en el salón de la capillita películas como la de Romero, obispo asesinado por la dictadura en su país, El Salvador, el 24 de marzo de 1980. En esos años no había aprendido mucho de Angelelli y de Romero, pero sí me quedaron imágenes y sensaciones de esos hombres malos, militares, que mataban y torturaban, pero no podía comprender el alcance y la vigencia de esas historias en mi presente. Sólo tenía trece años.

No tengo recuerdos de que en la escuela primaria o en la secundaria nos hayan enseñado qué era esto del golpe militar y la dictadura, pero algo habíamos visto en la capilla. El proceso, como le llamaba mi mamá -quien vivía en La Plata, Argentina, durante todo ese periodo- era algo inexistente en mi vida hasta que conocí a Azucena de La Fuente, la Gringa en marzo de 2006. Nunca olvido esos ojos claros y brillosos, como si siempre una lágrima los habitara. Era un día en el que la escuché hablar en un evento sobre el 24 de marzo³, y sentí en esas palabras y esa mirada que se conectaban como puentes mis catequistas, Angelelli, la capillita del barrio y Azucena, con mi propia historia. Fue justamente en ese 2006 que los conflictos con las empresas megaminerías y el gobierno en mi provincia comenzaron a ser parte de mi vida como activista asamblearia.

² La iglesia del barrio.

³ Día que conmemora el golpe de Estado de 1976 que inicia la dictadura.

Transitar estas memorias me ha permitido entender su relevancia para anclarlas a los procesos actuales de lucha antiextractivista, hilando la historia a contrapelo como nos enseña Benjamín y es así que en el marco de la escritura de mi tesis doctoral, uno de mis planteos señala que la última dictadura genocida en Argentina desde 1976 a 1983, sentó las bases para la configuración del neoextractivismo de los años 90, durante las presidencias de Carlos Menem, el cual fue profundizado y establecido como política de Estado (Aranda, 2015) en los gobiernos progresistas de Nestor Kirchner y Cristina Fernández (2003-2015), consolidado por el gobierno de derecha de Mauricio Macri (2015-2019) y sostenido por el actual gobierno de Alberto Fernández. En ese sentido, las formas de violencia ejercida en los años de dictadura -y años previos al golpe de 1976- por las fuerzas de seguridad gubernamentales y fuerzas paramilitares como la Triple A⁴ pueden rastrearse hoy como una continuidad en los territorios en conflicto con gobiernos y empresas extractivistas en nuestro país y en mi provincia.

Estas reflexiones están siendo desde el lugar que nos localiza, La Rioja, Argentina y desde mi autoadcripción como asamblearia y feminista antiextractivista en este oficio de investigar en nuestros propios términos, desde los registros corpo-territoriales producidos a lo largo de los años de resistencias a las violencias estatales y que hoy estructuran este trabajo. Las memorias que convoco para dialogar, son de personas que tienen algo en común en sus biografías, haber vivido en sus cuerpos y territorios el horror de la violencia genocida de la dictadura militar de 1976. Pero también tienen en común la resistencia comunitaria que construyeron, que aún sostienen, que compartimos y que nos han legado.

Estos pensamientos/sentires/decires son posibilitados por Azucena de La Fuente, Julio Bentos, Ernestina Juárez de Torres -que desde aquí llamaré Pocha-, Lidoro Leiva y Abelardo Ángel y por tantxs más en ellxs. Abelardo y Lidoro son compañeros asamblearios que desde hace algunos años nos cuidan desde los cerros, son nuestros achachilas⁵. Es un desafío expresar en palabras lo que he ido aprendiendo en la lucha desde el sentir con y desde ellxs, pero intentaré mostrarles los destellos de vida que le convidaron a la mía y a quienes les conocen.

Posicionamientos teórico - metodológicos

Pocha en las conversaciones que tuvimos en su pueblo, Campanas, en el 2011, me manifiesta su experiencia:

La dictadura se vivió muy triste aquí en Campanas. Fue uno de los pueblos más castigados por la dictadura militar. Era un pueblo en el que se vivía mucha lucha social. Se tenía muy en cuenta la vida cultural de los pueblos. En la escuela fueron detenidas el director, las maestras. Inclusive fueron sacadas de dentro del aula dos maestras a punta de bayoneta calada. Ellas son Mercedes Molina y Antonia Herrera, eran luchadoras sociales, no es que éramos revolucionarias, ni nada. Era nada más que teníamos una visión distinta de las cosas. ¿Te podés imaginar lo que ha sido eso para nosotros? Ver las chicas cuando se las subía al camión de la gendarmería con sus polleritas, porque antes no usábamos pantalón, íbamos a la escuela con polleras y medias finas; y subirlas al camión de gendarmería sin ningún pudor, sin nada delante de los niños. Yo me acuerdo que Atilio estaba dando clases de educación física y quería que los chicos miren para otro lado y no, los chicos querían mirar, mirar. Y después tener que disimular todo ese dolor que teníamos nosotros aquí adentro (Pocha, 2011).

⁴ La Alianza Anticomunista Argentina (AAA), conocida como Triple A, fue un grupo parapolicial en Argentina gestado por un sector del peronismo, el sindicalismo, la Policía Federal y las Fuerzas Armadas argentinas conectados con la logia anticomunista Propaganda Due y liderada por el ministro de Bienestar Social entre 1973 y 1976 José López Rega, mano derecha de Juan D. Perón y María Estela Martínez de Perón. Estuvo activa entre 1973 y 1976. Asesinó a artistas, sacerdotes y religiosos, intelectuales, políticos de izquierda, estudiantes, historiadores y sindicalistas, además de utilizar como métodos las amenazas, las ejecuciones sumarias y la desaparición forzada de personas.

⁵ Abuelos y abuelas montañas que nos cuidan.

Poniendo en relevancia sus vivencias, tomo como punto de partida de sus memorias, entendiendo que:

Los testimonios también dieron lugar a nuevos problemas de carácter epistemológico que enfrentaron a los investigadores con la posibilidad de acceder ya no solo a los hechos del pasado reciente, sino también a las subjetividades de los protagonistas y a la forma en que estos elaboraron los recuerdos sobre lo sucedido (D'Antonio y Eidelman, 2016, p. 40).

En línea con lxs autores, en este texto propongo un diálogo intergeneracional con estos testimonios-memorias, que tiene como hilo conductor la construcción de comunidad(es) de cuidados frente a la violencia estatal genocida. Entablo estos diálogos como investigadora y asamblearía en contra del extractivismo, el olvido y la impunidad desde un posicionamiento epistémico-metodológico territorializado, situado (Haraway, 1995), encarnado en las experiencias de vida y lucha, enmarcados en el campo de la Historia Reciente Argentina en clave etnográfica y feminista antiextractivista. Asimismo, me posiciono respecto de la última dictadura militar en Argentina desde lo que sostiene Daniel Feierstein:

La caracterización como genocidio da cuenta de un proyecto global en el cual el ejercicio del terror y su difusión en el conjunto social es elemento constituyente y fundamental de la práctica. La visión de que la Argentina sufrió un genocidio implica que existió un proyecto de reorganización social y nacional, que buscó “la destrucción de las relaciones sociales de autonomía y cooperación y de la identidad de una sociedad, por medio del aniquilamiento de una fracción relevante (sea por su número o por los efectos de sus prácticas) de dicha sociedad, y del uso del terror producto del aniquilamiento para el establecimiento de nuevas relaciones sociales y modelos identitarios (Feierstein, 2007, p. 83 en Feierstein, 2011).

Puntualizamos que las fuerzas represivas durante el régimen dictatorial en sus discursos se autoproclaman como guardianes del “orden y la decencia social” amenazadas por la subversión y el avance del marxismo. Desde los aparatos estatales y comunicacionales se va implantando en la población la creencia de que se estaba luchando contra lxs que atentaban contra la patria, contra la familia heteronormada y las creencias cristianas. El régimen dictatorial introdujo en ese marco delictivo-terrorista las palabras revolucionario/a, revolución, entre muchas más, y todo lo que a ellas hiciera referencia para adoctrinar en la violencia y el terror, justificando la tarea patriótica de “reformular” o “eliminar” todo comportamiento “subversivo”.

Las investigaciones de Feierstein señalan en este sentido sobre la dictadura:

Que, por tanto, no se habría tratado de una acción “defensiva” ni de una “reacción”, sino de una acción “ofensiva”, articulada con los fenómenos de radicalización política en tanto legitimadores del terror pero en modo alguno dependiente de ellos sino, por el contrario, constituyentes de un proyecto que, en principio, resultaba autónomo del desarrollo de las guerrillas, cuyos objetivos fueron los de transformar las relaciones basadas en la reciprocidad y la cooperación en relaciones basadas en el individualismo y la des-responsabilización (2011, p. 576).

Me detengo en estos objetivos de la dictadura, identificados por el autor, que fueron “transformar las relaciones basadas en la reciprocidad y la cooperación en relaciones basadas en el individualismo y la des-responsabilización”, donde los planes económicos en ese momento y a futuro serían más efectivos en un contexto social con esas nuevas características. A modo de hipótesis sostengo que estos mecanismos de violencia estructural sentaron las bases para la implantación del neoliberalismo extractivista. Es evidente que, a través del terror, se planificó des-politizar no solo las prácticas sociales militantes, sino las mismas prácticas de violencia genocida estatal. Este régimen creyó que esa despolitización forzada por el horror provocaría en lxs detenidxs, des-responsabilizarse del compromiso del bien comunitario/colectivo y es por esta razón que planteo que ese objetivo no se logró con todxs lxs que experimentaron en esos espacios de cautiverio, las penurias y el terror, y se arriesgaron a construir comunidades de cuidados como resistencia.

A continuación comparto fragmentos de narraciones de Azucena de La Fuente y de otras mujeres que escribieron en su Cuadernito Azul⁶ durante los años que estuvieron en la cárcel de Devoto como presas políticas. También parte de las conversaciones que, en 2011, en el pueblo de Campanas, Famatina tuve con Ernestina -Pocha-, con Lidoro y Abelardo también ex presxs políticxs. Estas conversaciones fueron grabadas en videos muy precarios, por la falta de dispositivos para tal fin en ese momento, pero con la férrea idea de que los testimonios se registraran de alguna manera como parte de la lucha contra el olvido, la impunidad de los genocidas y de los proyectos megamineros (extractivismo), sostenidos y favorecidos en ese momento, por las políticas provinciales del gobernador Luis Beder Herrera y por la presidencia de Cristina Fernández, conflictos aún vigentes.

¿Con quienes dialogo?

Azucena de La Fuente, la Gringa, era maestra rural en la zona de los Llanos, al sur de la provincia, cuando fue detenida en 1975 durante la gobernación de Carlos Menem, un año antes del último golpe de Estado. Fue llevada en primer momento a la cárcel de la capital riojana, llamada Instituto de Rehabilitación Social (IRS). Su estadía en la cárcel riojana fue de casi un año y luego la trasladaron esposada de pies y manos y con sus ojos vendados a la cárcel de Devoto, junto a muchas otras personas en un avión sin asientos, encadenadxs al piso y sufriendo torturas, vejámenes y simulacros de tirarles desde el avión abriendo las compuertas. Permaneció en esa cárcel de Devoto seis años. Al recuperar su libertad, Azucena siguió su profesión de docente y se jubiló como directora de la escuela primaria del departamento Sanagasta ubicado a 30 km. de la ciudad capital de La Rioja.

Ernestina Juárez, Pocha, era maestra en la escuela de Santo Domingo cuando fue detenida y llevada a declarar. Pocha se jubiló como directora de la escuela de Santo Domingo, pueblo contiguo a Campanas, Famatina, su pueblo natal. También Abelardo es nacido en Campanas, era productor, carpintero y participaba de la Cooperativa Agropecuaria de Campanas. Su casa tanto como su taller descansan sobre la Ruta Nacional 40 y ha sido posada de cuantxs viajers anduvieran por la zona. Lidoro es oriundo de Angúlo, también productor perteneciente a la Cooperativa de Campanas. Tanto Campanas, como Angúlo, junto a Santo Domingo, La Cuadra, Potrerillos, Santa Cruz, Chañarmuyo, son localidades del norte de Famatina, junto a otros pueblos, como Pituil, incluido Famatina (cabecera departamental) conformaban la Cooperativa Agropecuaria de Campanas Ltda. fundada en 1955.

En 2011 cuando el conflicto por defender el cordón del Famatina de las empresas mineras se tornaba cada vez más tenso, registré en videos sus memorias sobre cómo fue la dictadura de 1976 en sus pueblos, sobre cómo se vivía en el pueblo antes de la dictadura y qué quedó después de todo ese proceso de violencia estatal. El video fue editado y llamado “El norte famatinense durante el Terrorismo de Estado”. En ese momento tanto Pocha como Lidoro y Abelardo eran integrantes de la asamblea de Vecinos Autoconvocados del Norte Famatinense en contra de la megaminería, resistencia que aún sigue vigente hace más de quince años.

⁶ El Cuadernito Azul se publicó como libro en 2017, pero es un cuaderno donde Azucena y sus compañeras presas en la cárcel de Devoto escribían poesías, relatos, dibujaban, con pedazos de lápices, carboncitos o yerba, etc. Este cuaderno fue escondido y muy cuidado ya que las guardias no permitían ni libros ni nada que las recree como parte del plan de eliminación. En el formato el libro está dividido en dos partes, la primera está escrita por muchas mujeres presas políticas no solo de La Rioja y la segunda parte es un agregado de narraciones, cartas, poemas, canciones de presxs políticxs que fueron parte de esta construcción comunitaria de la memoria.

Elegir el cuidado comunitario en medio del horror

*Esta soledad tan acompañada, tan de muchos, tan de mano a mano, de corazón a corazón.
“Compañía”, El Cuadernito Azul, 2017, p. 146,*

En estas reflexiones proponemos el ejercicio de mirar, escuchar y sentir las experiencias de cuidado comunitario en el contexto de cautiverio y horror genocida plasmadas en el Cuadernito Azul (De La Fuente y Flores, 2017). Experiencias de creación de espacios de divertimento, de contención, de discusión política, de programas de gimnasia, de idear obras de teatro, festejos de cumpleaños y días festivos. También el cuidado de los pequeños grandes detalles desde peinados, hasta pinturas de ojos con tizne de los jarros al fuego, el rubor que se conseguía despintando paquetes de papel, de algún vívere para cubrir el estado macilento de sus rostros, “para no preocupar más de lo que ya estaban a nuestras familias, cuando lograban visitarnos”⁷.

Recuerda Claudia Soria en el Cuadernito Azul en su llegada al penal de Devoto:

No sabíamos que eran aquellos gritos de todo el penal de ¡Fuerza carajo! ¡Fuerza carajo! Eran otras presas políticas que estaban hace tiempo en Devoto que manifestaban su solidaridad hacia nosotras con aquel grito. Grito que aún está presente en nuestras vidas.... (De La Fuente y Flores, p. 333).

También Nicasio Barrionuevo escribe sus memorias en el cuadernito de la Gringa:

El único contacto con el exterior fue por la solidaridad de los presos comunes, que fueron quienes nos alertaron de que nos habían trasladado para “la boleta” (fusilamiento mediante enfrentamiento o fuga inventada) y también previo a solicitarnos datos de nuestras familias consiguieron avisarnos telefónicamente de nuestra situación, colaborando al reconocimiento por parte de la autoridad militar de nuestra presencia en la cárcel y así abortar lo que hubiese sido una masacre. Cada vez que podían expresaban su solidaridad y así cada tanto nos hacían llegar yerba y bombillas “encanutadas” (escondidas) (De la Fuente y Flores, 2011, p. 315).

En las narraciones de Claudia y Nicasio (don Chingolo) se pueden ver tramas vinculares que se manifiestan en esas prácticas de solidaridad pero que van más allá de ella, son tramas que sostienen la vida aún en estos ámbitos destinados para el exterminio no solo de lo físico, sino de todo lo que sustenta proyectos de esa vida que se quiere aniquilar, usando la maquinaria represiva en su máximo despliegue impune.

El Cuaderno Azul es un archivo personal y colectivo de memorias vivas, de narrativas que nos interpelan en nuestro presente, pero que son en sí el presente de esos tiempos de horror, la realidad que vivían y uno de esos momentos es llamado por Azucena como “Día del niño de 1979” y dice así:

Sacamos todas las fotos de los chiquitos. ¡Había tantas caritas asombrosas! Cuál de todos más hermosos. Por supuesto yo también saqué la de Nury y Lucas. Tomamos café con chipacos y nos pusimos a contar las travesuras, ocurrencia de los chiquitos, fue una tarde de domingo muy linda pero, lógicamente, también una tarde de emoción y de melancolía ¿no? Porque nos faltaban los niños ¡Ah!, si vieras los ojos de las madres. Para colmo, muchas de ellas, la mayoría, no pueden ver a sus hijitos porque viven muy lejos o porque no se los traen o porque los nenes sufren demasiado por el locutorio de vidrio. De todos modos, lo festejamos y tuvimos una ronda imaginaria y real (por las fotos) de todos nuestros chiquitos (De La Fuente y Flores, 2017, p. 87).

La veneración pública que realizaban los militares durante su régimen de gobierno sobre la figura de las madres, tuvo como contracara la violencia desplegada sobre las mujeres militantes embarazadas a quienes despojaban de sus hijxs, apropiándose de ellas, pero también en el caso de las presas políticas de las cárceles legales se empleaban todos los mecanismos institucionales para interferir el vínculo con sus hijxs (D’Antonio y Agüero, 2017). Estas autoras señalan que en la

⁷ Azucena de la Fuente en una de las tantas charlas que tuvimos.

desmaternalización y la violencia sexual hacia las mujeres y disidencias sexuales se advierte el carácter sexo-genérico y añadido patriarcal, del régimen militar.

Sufrir ausencias hasta quebrar el cuerpo, esa es una de las formas de tortura infringida por lxs genocidas y ante el dolor y la desesperación, estas mujeres buscan compartir esos sentires para sobrevivir al dolor. También como refugio de la esperanza que espera y sueña el encuentro, eligen desde ese horror de la ausencia festejar la vida de sus hijxs, de lxs pequeñxs que tienen en sus familias. Eligen juntas no sucumbir ante la tortura, trayendo y compartiendo las imágenes de esas fotos que cobran vida en las anécdotas contadas y escuchadas atentamente por las compañeras, que vivencian esas presencias recreando las sonrisas, los olores, la tibieza de la piel en las caricias.

“Ni locas ni muertas” esa frase en resaltado aparece en el Cuadernito Azul, porque así de testaruda era la convicción de vivir frente a los planes de aniquilación y la consigna militar: “muertas o locas”. Narran sus memorias que, ante la inmovilidad física como política de exterminio en las cárceles de la dictadura, ellas se trazaron una política de resistencia para defender su salud física y mental e idearon -como muchas y muchos más en otras cárceles- programas de gimnasia con sus “responsables” y se las ingeniaron para medir el tiempo sin tener relojes, a partir del horario del recuento que hacían las guardias, que sospechaban era a las 8 de la mañana. Estas memorias no olvidan que “reír, cantar, bailar eran motivos de sanciones graves” (De La Fuente, Flores, 2017, p.340) y es por esa razón que contrariamente buscaban cada momento para no dejar de reír, cantar, ni bailar.

Uno de los recuerdos escritos de Azucena en el Cuaderno Azul es que había un club donde se realizaban bailes -cree que se llamaba Lamadrid, en Villa Devoto- y que quedaba al frente del pabellón donde ellas estaban. Varias noches se las ingeniaron turnando el puesto de “responsable del espejo” (centinela en una ventana estratégica con un pedacito de espejo) para alertar si aparecían las bichas (las guardias), mientras que el resto se descolgaba de las cuchetas y bailaban frenéticamente -en el más eléctrico de los silencios-, más aún esa noche que dio un show la Mona Giménez.

Con el tiempo se dieron cuenta que ir a misa les daba la posibilidad de encontrarse con compañeras que estaban en otros pisos. Así nace la idea de armar un coro para poder pasar tiempo juntas y una compañera que era directora de coro, Blanca Becher, es quien se lo propone al cura (San Fachón)⁸ quien aceptó. En esta planificación de la resistencia el cura nunca supo que lo que preparaban también eran canciones de navidad y no sólo de la misa. La nochebuena llegó y desde los pabellones cantaron a coro las canciones ensayadas “eran solo nuestras voces trascendiendo de las rejas, rebotando por las paredes grises. Todas las voces golpeando en los uniformes, arrancando lágrimas, fortaleciendo a los débiles. [...] Luego nos abrazamos, brindamos con “pajarito”, comimos nuestros pancochos, disfrutándolos” (De La Fuente y Flores, 2011, p. 342), aunque al día siguiente el castigo fue inminente y no recuerda por cuanto tiempo fueron privadas de visitas, cartas, recreos, etc.

También sus memorias cuentan sobre espacios como la escuelita del pabellón 39 a la que llamaron Negro Fernández -compañero obrero de la caña de azúcar, del PRT-ERP- donde a las abuelas que no habían ido a la escuela y a otras compañeras se les hacían libros de lectura, se recortaban palabras de los pedazos de diarios o revistas para armar textos y luego otras compañeras artistas los ilustraban.

Me adentro en la escucha atenta de las tantas memorias contenidas en el Cuadernito Azul, para que mis palabras ya dejen lugar a las de Diana Quiroz:

⁸ Llamado así por las mujeres del penal. Ese sacerdote fue juzgado y condenado por delitos de Lesa humanidad.

Difícilmente podría detallar con estricta justicia el gran apoyo moral y afectivo que significaron para mí las compañeras en la cárcel, apenas tenía 17 años cuando me detuvieron y muchas de ellas fueron mis hermanas, mi madre, mis maestras de la vida. El vínculo que nació entre nosotras detrás de los muros de la cárcel difícilmente será destruido... por eso en estas líneas las recuerdo con mucho cariño y comparto lo vivido en esos años de horror sin olvidar que lo más importante fue y es el pan compartido, la solidaridad, el amor, la risa, el abrazo fraterno; sin esos valores no hubiera sido posible sobrevivir a tanto dolor y sufrimiento padecido (De La Fuente y Flores, 2017, pp. 418-419).

Defender comunitariamente la tierra a pesar de las heridas

Estábamos en contra de los latifundios, es decir porque queríamos la igualdad, el cooperativismo, la igualdad de oportunidades para todos.

Pocha, video, 2011.

En las conversaciones con Pocha, Abelardo y Lidoro, ellxs rememoran el cómo se vivía en sus pueblos antes de la dictadura. Señalan que el latifundio de los grandes terratenientes y acopiadores eran para la vida de sus pueblos una herida abierta llena de silencio y muerte. Recuerda Pocha en sus testimonios:

La finca Viracocha tenía toda el agua del pueblo, por ejemplo, de siete días a la semana, cinco eran para la Viracocha y dos para todo el pueblo, y todavía sigue así. En esa época el latifundio estaba cosechando más de cien mil kilos de nuez, y mucha gente dejó la vida en ese latifundio, y fijate vos que mucha gente no era bien remunerados. Tenemos el caso del padre de Cesar Báez que murió en esa finca y no se le reconoció absolutamente nada y a eso lo teníamos nosotros como bandera de frente, era la muerte del señor Báez (Pocha, 2011).

Esas fueron algunas de las razones por la que la organización comunal en Campanas se materializó en la primera Cooperativa Agropecuaria de La Rioja que dependía de la Federación Argentina de Cooperativas Agrarias (FACA), comercializando directamente con Rosario y Bs. As:

La cooperativa de pequeños productores minifundistas de la zona del norte de Famatina nace por una necesidad. Cuando la gente se da cuenta que, estando dispersos, desunidos no podían comercializar sus productos y eran víctimas de los intermediarios, entonces organizan la primera cooperativa agropecuaria de la provincia de La Rioja y por muchos años trabajábamos muy bien, inclusive directo con Rosario, Buenos Aires (Abelardo, 2011).

Lidoro Leiva comenta que la cooperativa, antes del golpe, recibía de los asociados por año entre 60 y 70 mil kg. de nuez:

Y daba lugar a trabajo, porque la nuez de segunda se comenzó a quebrar con mano de obra del pueblo y vender también nuez pelada. Entonces esto iba de alguna manera mejorando la situación económica de algunas familias y especialmente de pequeños productores. Empezó la cooperativa a tener algunos recursos propios, que era mejor dicho de los asociados, como arados, rastras, tractores, arados, fumigadoras. Bueno esto también sirvió para alentar a la gente e ir mejorando el producto. Pero cada vez se iba tornando un poco más difícil el trabajo, en cuanto a que los acopiadores empezaban a crear algún tipo de problemas a la cooperativa porque se veían ellos enfrentados por este trabajo de la cooperativa que le iba sacando la producción que tenían los asociados y ya la gente empezó a confiar más en la cooperativa que en los acopiadores (Lidoro, 2011).

Asimismo, el centro juvenil agrario argentino llamado Ángel Vicente Peñaloza se desglosaba de la cooperativa y participaban lxs jóvenes del pueblo, lxs hijxs de lxs cooperativistas que trabajaban muy activamente dentro de la comunidad. Se realizaban cursos de repujado en cuero, repujado en cobre, artesanías, que eran dictados por gente que venía de Santa Fe. “Se dictaban charlas especialmente sobre cooperativismo donde la esencia nuestra de juventud, era el cooperativismo” (Pocha, 2011). Las capacitaciones de la Federación Agraria Argentina generaban el diálogo permanente por cartas con integrantes de las ligas agrarias, con

lxs chicxs tamberos de Santa Fé, de lxs jóvenes azucareros de Tucumán. “Se trabajaba con la cooperativa agropecuaria, con el centro juvenil agrario, con las cooperadoras, con la escuela y el centro vecinal que eran instituciones pilares del pueblo” (Pocha, 2011).

Pocha cuenta que fue detenida en la escuela de Santo Domingo y llevada a la comisaria de Campanas donde en el cuaderno de ingresos decía: Ernestina Juárez de Torres alias “la pocha”, luego de un día de detención en la comisaria del pueblo es liberada: “cuando volví a la casa, mi marido estaba sentado en el piso de tierra, en penumbras y con mucho miedo, porque pensaron que yo no iba a volver, porque nadie había vuelto todavía” (Pocha, 2011). Lidoro y Abelardo fueron detenidos en sus domicilios, trasladados fuera de su departamento, a Chilecito y desde ahí llevados al IRS⁹ en la capital riojana. Luego de una estadía en esa institución finalmente fueron trasladados a la U9 de La Plata.

La violencia estatal genocida dejó sus marcas en los cuerpos, en las memorias y en los territorios que arrasó. Estas marcas son las huellas irreversibles e indelebles de las profundas transformaciones que esta violencia provocó:

Eso te marcó, incluso te obligaban a dar las clases como ellos querían. Incluso para tenernos más marcadas a la escuela de Santo Domingo, le impusieron el nombre de Escuadrón 24 de Gendarmería Nacional. Que todavía tiene ese nombre, que eso tenemos que ver cómo lo vamos a cambiar, porque creo que está mal que una escuela lleve ese nombre cuando ellos a nosotros nos mancillaron nuestros derechos (Pocha, 2011).

El nombre de esa escuela es una huella de las violencias inscritas en ese territorio, planificada con el fin de perdurar en el tiempo y ser presente en las subjetividades de las nuevas generaciones. También los rumores y sospechas que dejaban correr sobre lo que “hacían” a lxs que se llevaban, con discursos moralizantes como mecanismo de penetración de las subjetividades construyendo a esxs “otrxs” que atentan contra el orden, “lxs subversivxs”, “lxs extremistas”, “lxs zurdxs”, “lxs indecentes”. Estas formas de la violencia represiva aún operan como dispositivos que mantienen vigentes en el tiempo presente, esa violencia vivida, el trauma por el terror experimentado que deja de herencia el silencio y la desconfianza entre lxs pobladores, el “algo habrán hecho”.

Durante la dictadura fueron perseguidos y encarcelados los directivos y militantes del cooperativismo. Abelardo señala que la persecución era en contra de todo lo que sea de organización popular.

Si trabajabas en los centros juveniles eras revolucionaria, si trabajabas en la escuela eras revolucionaria, si trabajabas en el centro vecinal eras revolucionaria, hasta en los clubes de futbol. Todo decayó en este pueblo por el miedo, la gente no querían participar en nada. Teníamos que pedir permiso para todo (Pocha, 2011).

Nos comenta también que el miedo y la desconfianza implantados como elementos de ruptura de los vínculos comunitarios y de dominación fueron más fuerte que los intentos de organizar la cooperativa nuevamente:

Todos los militantes del cooperativismo son perseguidos y encarcelados. Razón por la cual, después intentos varias veces organizarse varias veces también, pero la gente tenía miedo de ser encarcelada también y desistían de eso. Después hubo otros intentos de organizarse, pero fue de poco tiempo (Abelardo, 2011).

Llegaba la noche y nos encerrábamos de miedo, no salíamos del miedo, era impresionante, era como una psicosis de que venía gendarmería y de que a alguien iban a llevar y nos mandábamos mensajes verbales por miedo de escribir un papel y decir, lo llevan a tal (Pocha, 2011).

Cuando Abelardo y Lidoro recuperaron su libertad y volvieron a sus hogares, la cooperativa de Campanas ya no funcionaba, estaba abandonada. Para el 2011 habían pasado más de 35 años de la dictadura y en Campanas “ya no existe la cooperativa, no existen los centros juveniles, no existe el centro vecinal que lo han diezmado y la única institución que quedó es la

⁹ Instituto de Rehabilitación Social (cárcel).

escuela” (Pocha, 2011). Sin embargo, desde 2005/6 en Famatina, como en Chilecito y la capital riojana, vuelven a generarse organizaciones de vecinxs, llamadas asambleas para enfrentar la inminente instalación de empresas mineras, como en ese momento la Barrick Gold en el cordón del Famatina:

O sea que han pasado más de treinta años y estamos como empezando de nuevo en distintas cosas, pero siempre en la lucha con la gente, la lucha contra las mineras defendiendo la vida ¿no? Antes era por el bienestar, por la subsistencia y todas esas cosas y ahora es por la vida. Por la vida de nosotros y de los que vienen, mas allá de todas las cosas que pasaron y sigamos luchando por la liberación de nuestros pueblos, de nuestro pueblo riojano, argentino, latinoamericano (Abelardo, 2011).

Reflexiones para continuar sanando los cuerpos y los territorios

La violencia política específicamente de la última dictadura militar, como su nombre lo señala “Proceso de Reorganización Nacional”, reconfiguró profundamente los cuerpos y los territorios, a través de formas de la violencia que continúan teniendo efecto en el presente de las comunidades. Sin embargo, estas memorias permiten recuperar los hilos históricos con los que tejieron comunidad quienes experimentaron la violencia en sus cuerpos-territorios y territorios-tierra (Cabnal, 2013). Hilos trancos que vuelven a entretrejerse construyendo nuevas comunidades de lucha y de vida en los espacios en que se instaló por muchos años el horror y la muerte, no solo en los centros de detención legales e ilegales, sino en cada espacio cotidiano. Tanto Azucena y Pocha, como Abelardo y Lídoro eligen -a pesar de todo ese dolor- construir comunidad(es) en territorios de sacrificio (Jofré y Gasetúa, 2021) para detener los avances de empresas mineras. Empresas bajo el resguardo de las políticas gubernamentales extractivistas-heteropatriarcales que son continuidad histórica de los planes globales neoliberales-extractivos, que sentaron sus bases durante el proceso genocida de la última dictadura militar -y previo a ella- con el financiamiento y complicidad de familias empresarias argentinas y de la cúpula eclesial.

Con estas conversaciones amorosas y afectiva conjuramos el silencio y lo descolonizamos (Korol, 2017), estallamos las murallas de la desconfianza y del “no te metas” que la violencia patriarcal del Estado-nación y las fuerzas represivas planificaron y ejecutaron para desarticular lo comunitario, destruir los sueños y las prácticas colectivas de dignidad para la autodeterminación de la vida. Y nos metemos porque nos importa, porque a todxs nos afecta. Hay tanto por escuchar y decir, tanto por visibilizar para sanar las heridas sedimentadas de estos años, para poner al descubierto las múltiples formas rizomáticas y cotidianas que la violencia estatal implantó durante la dictadura en la vida de nuestros pueblos.

¿Cómo se sostuvo la vida en los abismos del horror? Esta pregunta siempre dio vueltas en mi cabeza, y en estas memorias de resistencia y lucha está la respuesta, la construcción de comunidad(es) de cuidado contra todas las violencias. Después de más de cuarenta años de recuperada la democracia, las secuelas de las transformaciones territoriales y de las subjetividades de quienes habitamos estos territorios, nos dan cuenta del nacimiento de nuevas luchas comunitarias que revisan la historia para comprender las desarticulaciones provocadas por el plan sistemático de “reorganizar” la vida de nuestros pueblos para la implantación de la amnesia neoliberal extractivista del sálvese quien pueda.

Las luchas territoriales contra el extractivismo estatal y empresarial no solo son de defensa y cuidado de los bienes comunes sino también de recuperación de las memorias ancestrales y de nuestra historia reciente, para la re-construcción de los espacios de la(s) vida(s) colectiva/comunitaria autónoma(s). Construir comunidades de cuidado también implica historizar las matrices de violencia estatal que nos permite identificar cómo las mismas aún siguen operando y profundizándose con las políticas gubernamentales que desde los años de dictadura y años posteriores, mencionando como punto de inflexión los años 90 del menemismo, responden a

planes globales extractivistas en pos de la acumulación por desposesión (Harvey, 2005), que no sólo es económica sino también de las memorias que nos ligan a los territorios.

La autora del Cuadernito Azul nos da una respuesta a mi pregunta: “*No pudieron matar, desaparecer ni encerrar el amor. ¡Eso nos salvó y nos salva!*” (De La Fuente y Flores, 2017). Y también en las palabras de Silvia Ontivero “dejé de ser yo y comencé a ser nosotras”¹⁰.

Esa es la parte de la historia que no entra en la Historia, que no se enseña en las escuelas. Tampoco se enseña en las escuelas que el “desarrollo”, la “sustentabilidad” de los proyectos extractivos mineros, uraníferos, sojeros, del fracking, etc., se cimientan en los cambios estructurales realizados por la dictadura militar, profundizados por Carlos Menem con sus reformas del Estado, que dieron los marcos jurídico-legales a la nueva matriz económica y social, el neoliberalismo extractivista y que todos los gobiernos nacionales, provinciales y municipales de Argentina adoptan.

Los vínculos afectivos y amorosos que se entrelazaron en esos ámbitos del horror que sostuvieron y cuidaron la vida, siguen construyendo redes de confianza y de sostén emocional para subsistir y resistir comunitariamente los traumas de la dictadura para quienes la vivieron en sus cuerpos. Estas tramas de memorias que se entretajan en diálogos con las generaciones como la mía y de las nuevas que no vivenciamos esos tiempos del horror, pero que si vivenciamos la miseria planificada (Walsh, 1977) como herencia estatal, nos enseñan de la resistencia, del amor y del cuidado comunitario que desde hace más de quince años se despliegan desde las luchas colectivas/asamblearias antiextractivistas en la Rioja para defender de todas las formas de la Vida, humana y no humana (Navarro, 2015).

¹⁰ Expresión de Silvia Ontivero, ex presa política de Mendoza en el seminario de Historia Reciente desde una perspectiva de género en 2021.

Referencias

- Cabnal, L. (2013). Defender un territorio de la minería sin defender a las mujeres de la violencia sexual es incoherencia. *Diagonal*.
- D'Antonio, D. Y Eidelman. (2016). Diálogos y debates en la historia reciente argentina en K. Grammatico (Ed.), *Historia reciente, género y clase trabajadora: cinco estudios para pensar un problema de investigación*.
- De la Fuente, A. y Flores Matzkin, A. (2017). *El cuadernito azul*. Editoria Cafure.
- Feierstein, D. (2011). Sobre conceptos, memorias e identidades: guerra y genocidio y/o Terrorismo de Estado en Argentina. *Política y Sociedad*, 48(3), 571-586. <https://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/download/36417/36922/>
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Cátedra.
- Harvey, D. (2005). *El "nuevo" imperialismo: acumulación por desposesión*. CLACSO, <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20130702120830/harvey.pdf>
- Jofré, C. y Gasetúa, F. (2022). Hacer comunidad en territorios de sacrificio en I. C. Jofré (Ed.), *Cartografía de conflictos en territorios indígenas del Cuyum (región de Cuyo, Argentina)*. Editorial de la Universidad Nacional de San Juan (UNSJ).
- Korol, C. (Comp.). (2017). *Diálogo de saberes y pedagogía feminista*. Ediciones América Libre.
- Navarro Trujillo, M. L. (2015). Mujeres comuneras en la lucha por la reproducción de la vida ante el despojo capitalista: irradiaciones del pensamiento de Silvia Federici. *Bajo el Volcán*, 15(22), 79-90. <https://www.redalyc.org/pdf/286/28642148006.pdf>
- Rodríguez Agüero, L. y D'Antonio, D. (2019). *El carácter sexo-genérico de la represión estatal en la Argentina de la década del setenta*.
- Walsh, R. (1977). *Carta abierta a la Junta Militar*. <https://www.espaciomemoria.ar/descargas/Espacio Memoria Carta Abierta a la Junta Militar.pdf>

Audiovisual

- Gasetúa, F. (idea y realización). Ángel, M. (apoyo técnico). (2011). El norte famatinense durante el Terrorismo de Estado.